

## Sección: Naturaleza Intangible

### Lo humano en el laboratorio

#### ¿Existe todavía el hombre?

En esta época donde el hombre se siente atraído por la lejanía extrema y mortal de los astros, y al mismo tiempo intima con la memoria muda de los átomos, nos parece apropiado recordar la historia del realista griego Diógenes, que buscaba en las calles de Grecia al Hombre sin encontrarlo. Esa búsqueda del hombre de los filósofos no ha cesado a lo largo de la historia. Con el sabio de Sínope la búsqueda se escenificaba con un candil, en los tiempos actuales otros artefactos se ocupan de la tarea. Pero si el filósofo tenía una idea prototípica de lo que debe ser un hombre , una *imago* que como un sello reproducía sus contornos, un mapa para desvelar su morada y sus secretos, el hombre actual ha renunciado a tal pretensión. El hombre nos dicen, no tiene propósito sabido, es una criatura en evolución indeterminada, está sometido al ambiente o sus instintos por lo que no es capaz de trascendencia, el hombre criatura del Dios de los antiguos, murió con la muerte del Padre. Ahora solo nos queda autoinvención, utopía o perplejidad sin sosiego. La pregunta de si existe el hombre actualmente, es posible que tenga para el juego de apariencias del pensamiento moderno, una respuesta negativa o fugitiva.

Vamos a intentar pensar en ese Hombre o entidad ontológica que se extinguió con la modernidad y ver qué lo sustituye. Si debemos creernos los postulados evolucionistas y como modernos no podemos dudar de ellos, la criatura hombre, por selección natural-cultural, al abandonar los pastos ya paupérrimos del pensamiento mítico, se ha adaptado a un nuevo hábitat donde se ha transformado en otra cosa. Recorramos en este relato de identidades ese ecosistema cultural donde la tecnología, el arte , la medicina y los programas políticos intentan alimentar a la nueva criatura.

Es indudable que ninguna de estas actividades tienen una teoría afirmativa del hombre ; lo afirmativo es siempre sospechoso, nos dicen. Pero en cambio en sus actuaciones y proyectos se puede deducir una suerte de proyección o sospecha, de lo que el hombre moderno entiende de sí mismo. Algún lector pude pensar que estas insinuaciones que hacemos no se ajustan a la realidad, dado que es justamente el hombre moderno el gran constructor de cartas magnas sobre el humanismo y el que más ha reflexionado sobre la condición humana. A ese lector le diríamos que estas “actuaciones”, son precisamente el resultado de la desorientación o pérdida del sentido de lo humano. Dicho de otra manera, cuando se pierde la noción de símbolo, es decir de secreto y analogía más allá de lo formal, el hombre se vacía de sentido y necesita reglamentos que lo contengan. El humanismo es un programa poshumano, en el sentido moderno del término y ya la filosofía posmoderna lleva tiempo reflexionando sobre este problema. En términos taoístas diríamos que cuando el hombre escribe reglamentos sobre su naturaleza ha perdido el Tao. Lo que en términos semíticos sería que ha perdido la norma o el camino que lo lleva a su origen.

Siguiendo la senda del vitalismo que inauguró el siglo pasado, el hombre es voluntad de ser, autoafirmación provisional y experiencial.; es una posibilidad que incubar o construir. Las utopías políticas le buscan nuevos pastos en el laboratorio histórico y preventivo de lo social. Los artistas sienten la necesidad de renovar sus ropajes, de huir de todo aquello que sea gravedad o reposo, el hombre es velocidad y residuo, una criatura dominada por la entropía del estilo personal. Esta es la impresión que se tiene cuando uno visita esos ceremoniales de la superstición moderna que son los Museos de Arte Moderno. A propósito del arte, es interesante para el tema que nos ocupa, recordar su etimología de la palabra latina, que tiene la radical RT; que significa ordenamiento. De ahí palabras aproximadas que dan noción de crear un orden; aritmética, ritmo, rito, y por supuesto esto mismo que hacemos al escribir; artículo. Todas ellas son “articulaciones” que generan un ritmo con sentido y que favorecen una integración en lo invisible. Por eso para los antiguos el arte más elevado era la medicina, dado que daba salud y orden al propio hombre. Para que esto fuera posible había que buscar el *ligamentum* con el cosmos y en ese estado de armonía y proporción el hombre se alcanzaba así mismo. Dicho en términos clásicos, era necesario tener una noción de la Verdad, de la Belleza y de la Unidad. Una suerte de triada cósmica sin las cuales el hombre enfermaba y caía en la disolución. Poco de esto subsiste en la mentalidad actual. El arte decíamos ha despiezado la noción de Belleza y ha dictaminado que dentro no hay nada estéticamente esencial, de esta autopsia oficiada sobre el cadáver de la tradición, han salido toda suerte de tendencias ruidosas y a veces banales.

El destino de la noción de Verdad ha seguido un proceso en paralelo. Cautiva en los campos semánticos de los filósofos, se fue haciendo imprecisa y estéril y poco a poco se llegó a un acuerdo de compromiso; trasladar a la dama *Sophia* a los alojamientos mejor equipados de la ciencia. En definitiva toda filosofía moderna es filosofía de la ciencia, sea en el sentido positivista con su fe en la materia, o a la manera de Bachelard, que somete a psicoanálisis lo objetivo, convirtiendo a la ciencia en terapia de lo real y considerando al filósofo obsoleto. En ambos casos, la ciencia determina nuestro modo de conocer.

Decíamos en este repaso de la triada clásica, que además de Belleza y Verdad el artista clásico, sea científico, poeta o médico necesitaba del *ligamentum* metafísico de la Unidad. Sin este sustrato plástico e inamovible no se podía articular el cosmos. Sin Unidad, el hombre no puede dialogar con lo infinito, no cabe en su brevedad la extensión, no puede leer en la naturaleza los ritmos de belleza, no puede alcanzar la intimidad curativa del silencio y su núcleo de palabra creadora. Sin unidad hay dispersión, caos y enfermedad.

¿No sería este hombre tejido en los ritmos siderales, lavado en los misterios, firme, callado y luminoso como la noche del secreto, lo que Diógenes buscaba por las calles ya tumultuosas de los corazones de sus contemporáneos? Ese hombre se extinguió para la ciencia cuando dictaminó que tampoco había unidad, sino una multiplicidad sin fines ni propósitos. Los filósofos, ahora ocupados en la sociología, callan y los poetas a fuerza de alzar la voz ante el silencio de la creación, desatan de vez en cuando una voz de alarma, y nos advierten de la insensatez de dejar a la ciencia como pastora de nuestra sociedad.

¿Entonces qué es el hombre para esa ciencia moderna que nos orienta, nos envuelve y nos da tecnologías? Si vemos el espectáculo improvisado e invasivo de las nuevas tecnologías,

si visitamos las muestras de arte moderno, si leemos novelas de ciencia ficción, si escuchamos las promesas de la genética, la informática, las agencias espaciales, los biólogos con su gradualismo, los médicos con su intoxicación farmacológica y su noción del hombre como mecanismo, si escuchamos todas estas voces, como un coro, su mensaje a fuerza de confuso es claro; el hombre no existe, hay que inventarlo: El hombre es una obra de arte inconclusa, un mecanismo mejorable, una herramienta para el consumo y la propaganda, una utopía para soñar y especular mientras se disuelven los tiempos. Es en definitiva una criatura biológica incompleta y con licencia de la evolución - la gran dama que rige la conciencia moral y política de nuestra sociedad- un campo para experimentar.

Pasamos pues de la lucidez sosegada e inspirada al experimentalismo demencial e insaciable. De la Belleza al brochazo provisional y sentimental, de la Verdad a la duda y de la Unidad al espectáculo improvisado de la multiplicidad. La improvisación muy valorada en la cultura y el espectáculo ha saltado a la tecnociencia y a nadie le preocupa que se improvisen con especies y sustancias nuevas. No preocupa demasiado, porque devotos de la hipótesis darwinista, tenemos fe de que todo se ajustará y se adaptará y que además el hombre, esa criatura que desapareció con los grandes mitos, es prescindible y seguro que reemplazable en la nueva liturgia de la Vida Natural.

Antes de concluir y para que el lector no piense que es un texto ácido propio de un posmoderno, he de decir que quien escribe recomienda pensar en el hombre como una totalidad, que lo imagine completo, anterior a su nacimiento biológico, constructor de puentes que unen las tierras *imaginables* con las galaxias, capaz de sostener lo intangible en el tacto de los sentidos, que el hombre existe y que además su señorío atraviesa los mundos. Y que toda esta herencia es una máscara con la que nombrar los hechizos fugaces de lo vivo y que más allá hay un rostro oculto y que se oculta. Con esta prescripción poética y visionaria, al modo de los artistas médicos de la antigüedad, uno se libra de tanto experimentalismo y tanta necesidad, decide renunciar a la duda por ser una herramienta perniciosa del mercado y la política, y renuncia a ser cómplice de los que ahora mismo, en sus laboratorios, están fabricando posibilidades desagradables de transhumanos. Esas criaturas imaginadas por los escritores y que empiezan a perfilarse entre manipulaciones genéticas, robótica y cirugía de alta tecnología.

Desde el punto de vista del pensamiento ecológico, la especie que más debiéramos conservar es ese hombre que el gran Diógenes apenas encontraba en su época. Convirtamos al sabio griego en nuestro conservacionista más lúcido, en el biólogo más visionario, en el poeta más elocuente. No tengamos reparos en buscar en los antiguos medicina para el *alma del mundo* y digamos sin complejos que nuestros contemporáneos son todos aquellos hombres que ha sabido jalonar al ser humano con los más bellos designios.

**Dionisio Romero**



